

Desearo consagrar un recuerdo á esta función inaugural que, como en años anteriores, ha constituido uno de los más interesantes sucesos teatrales, ofrecemos á nuestros lectores en estas páginas algunas de las escenas más culminantes de la obra con que dió comienzo esta temporada.

Siendo el gracioso juguete de los Sres. Ramos Carrión y Vital Aza de esos que han recorrido triunfalmente todos los escenarios en que se cultiva el género, omitimos el relato de su argumento sobradamente conocido.

So o diremos que las principales situaciones de la obra produjeron tan excelente efecto como el día de su estreno, y que el público aplaudió á Balbina Valverde, á la señorita Domus y á los señores Santiago y Calle por la esmerada interpretación que dieron á sus respectivos papeles, obligán-



REMEDIOS.—¿Te falta algo?
JOAQUIN.—No, mujer, no me falta nada.

doles á presentarse repetidas veces en escena al terminar la representación.

Muy pronto comenzarán en Lara los estrenos de las obras nuevas, que la compañía tiene en estudio.

Actualmente se ensayan dos: un sainete de los Sres. García Alvarez y Casero y una comedia de Benavente.

A estas obras seguirán otras de los autores más celebrados, entre los que figuran Ramos Carrión, Vital Aza, Miguel Echegaray, Ricardo de la Vega, etc.

El público que continúa favoreciendo el teatro tendrá seguramente abundantes ocasiones de aplaudir á sus autores predilectos y de admirar la labor esmerada de los artistas de aquel teatro que goza fama de ser uno de los de la corte en que mejor interpretación obtienen las obras.



PELUQUERO.—Ese bisoné es de D. Indalecio Pérez.
D.^a PAQUITA.—¡Mi marido!... Voy á llevarselo al Tribunal Supremo.

(Fots. Borke)

ANGELES MORAIS

EN el Teatro Lírico, que tan digna y briosamente sostiene el pabellón de la clásica zarzuela española, merced al noble esfuerzo del popular tenor don Eduardo Bergés, director de la notable compañía que actúa en aquel teatro, dióse á conocer en la noche del 2 del actual una nueva artista.

El Juramento fué la obra representada para el debut de Angeles Morais.

Con absoluta unanimidad pronunció el público su fallo, favorabilísimo, tributando los aplausos más entusiastas á la nueva tiple.

La razón del extraordinario éxito alcanzado por ésta no estriva únicamente en las excelencias de sus facultades de cantante, sino en que reúne todas las condiciones que debe tener una artista de este género, aún cuando no es frecuente encontrarlas en las que á él se dedican.

A una voz de agradabilísimo timbre, á una extremada delicadeza para emitirla, á un exquisito gusto para cantar, une Angeles Morais la elegancia y la distinción de la figura, la belleza del rostro, y las más relevantes condiciones de actriz.

Las tiple de zarzuela no poseen generalmente el arte de la declamación. Si cantando entusiasman, hablando desilusionan, porque al educarse para el teatro solamente cuidan de lo que á la voz se refiere.

Angeles Morais es más de lo que suelen ser las artistas de zarzuela; es tan notable tiple como excelente actriz y se la admira del mismo modo y es igualmente acreedora al aplauso cuando canta que cuando recita.

De aquí el éxito envidiable que alcanzó en la noche de su debut interpretando su papel en *El Juramento* y el más franco y más decisivo que lo-



gró en su segunda presentación, libre del temor natural en toda artista que por primera vez ofrece su labor al público, interpretando con primorosas facultades de cantante y exquisito sentimiento de actriz el papel de *El anillo de hierro*.

No es aventurado augurar á la nueva artista un brillante porvenir en la escena, pues desarrolla merced á la práctica las facultades que posee y que ha mostrado desde el primer momento, seguramente llegará á colocarse en primera línea en el género á que consagra sus actitudes y sus estudios.

Discípula de D. Justo Blasco en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, ha hecho la carrera con notas de sobresaliente, obteniendo en el concurso de la clase de canto el primer premio, por unanimidad.

Su profesor de declamación ha sido el notable artista D. José Suárez.

La rapidez con que la artista ha hecho su carrera es verdaderamente asombrosa y demuestra

sus extraordinarias disposiciones para el teatro.

El año 1901 se matriculó por primera vez en el Conservatorio y terminó sus estudios en Junio del año corriente.

Esto por lo que se refiere á su educación musical; en lo que atañe á la declamación, aún han sido más rápidos los progresos realizados por Angeles Morais.

El notable actor D. José Suárez comenzó á darle sus lecciones en el mes de Febrero, y ocho meses después consideraba á la artista en condiciones de presentarse al público como actriz.

Angeles Morais, que solo cuenta diecinueve años, llegará muy pronto á ocupar en la escena el sitio preeminente á que sus méritos le dan derecho indiscutible.

(Fot. Compañy)



CARMEN SOBEJANO, DEL TEATRO DE LA ZARZUELA

(FOT. DE AUDOUARD)



UNA ESCENA DEL PRIMER ACTO

(Fot. Campúa)

ADRIANA LECOUVREUR

COMEDIA DRAMÁTICA EN CINCO ACTOS, DE SCRIBE Y LEGOUVÉ, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR D. PEDRO GIL, Y REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA PRINCESA

EN otro lugar de este número, un escritor tan distinguido como excelentemente documentado, el Sr. F. Villegas (*Zeda*), habla muy por extenso de la inauguración del Teatro de la Princesa y de la obra de Legouvé y Scribe que aquella noche, y en algunas sucesivas, representaron los actores de la compañía Tubau.

Circunstancia tan feliz para los lectores de EL TEATRO, limita mucho la tarea informativa del modesto cronista á quien se ha encomendado la labor de explicar, con unas cuantas líneas, la información gráfica referente á *Adriana Lecouvreur*, dejándola reducida á un relato sucinto del argumento de la obra. De la figura extraordinaria de la famosa cómica francesa y de sus trágicas aventuras, se habla ya muy diestramente en la *Crónica general* de este número; de cómo llevaron esas aventuras á la escena los maestros del



Conde de Sajonia, SR. GONZÁLEZ.—Adriana, SRA. TUBAU
(Fot. de Compañía)

teatro francés y de cómo reproducen los artistas del Teatro de la Princesa aquellas figuras históricas, es de lo único que cabe hablar aquí.

Sería quizás lícito y oportuno examinar como cuestión previa, si esas figuras, y singularmente la de la actriz celeberrima, han sido llevadas al teatro con suficiente verdad; pero ese examen es en cierto modo inútil puesto que puede suplirle la sola consideración de la época en que fué escrito el drama representado ahora en la Princesa. De Scribe á Zola hay una distancia inmensa y de los procedimientos que para el drama histórico preconizó el creador de los Rongon no se tenía la menor idea en los tiempos en que Legouvé y Scribe hicieron su drama.

Con recordar eso, basta para comprender por qué la *Adriana Lecouvreur*, protagonista de la obra dramática, no es exactamente la misma Adriana Lecou-

vreur, actriz de la comedia francesa que nos dan á conocer las crónicas de la época y sus memorias. En cambio de eso, la figura creada por los dramaturgos franceses es quizás más teatral, sobre todo al modo como podía entenderse ese vocablo en la época de Scribe, que la figura verdadera de la gran cómica.

*
* *

En los tiempos en que *Adriana Lecouvreur* estaba en el apogeo de su fama, vivía en París, según resulta del drama, un príncipe de Sajonia aspirante al trono de Curlandia y que en la capital de Francia buscaba ayuda para hacer valer sus derechos.

El príncipe tuvo una aventura con cierta princesa de Bouillon, casada con un famoso químico y

que lo hicieran, al contrario, los cuatro alegres jóvenes cerraron contra él; pero él, valiente, arriesgado y fuerte, logró dominarlos hasta que llegando gente Adriana pudo partir libre de todo riesgo. Inútil es decir que la comendianta se enamoró de aquel valiente y el valiente, á su vez, se enamoró de la comedianta.

El príncipe, sin embargo, no confesó á la actriz sus verdaderas circunstancias. Dijole que era un oficial á las órdenes del príncipe de Sajonia, general de los ejércitos franceses, y por tal le tuvo ella en el comienzo de sus relaciones.

Al comenzar el drama, el príncipe ha vuelto de campaña y la princesa de Bouillon comprende pronto, por sus desdenes, que está enamorado de otra



ACTO II.—*Quinault*, SR. CHICO.—*Poisson*, SR. BARBERO.—*Un actor*, SR. ROCH.—*Una actriz*, SRTA. CARBONE (A.)—*Otra actriz*, SRTA. CARBONE (M.)—*El Príncipe*, SR. VILLANOVA.—*Rigolet*, SR. GIL.—*Otra actriz*, SRTA. PRAST.
Un espectador, SR. JIMENEZ.—*Otra actriz*, SRTA. ORTIZ

(Fot. Campúa)

poco partidaria, por lo visto, de la fidelidad conyugal. Las relaciones del príncipe con la de Bouillon, se prolongaron durante algún tiempo; pero no podían ser eternas y el príncipe quiso ponerles fin cuando, enamorado de la actriz famosa, fué correspondido por ella.

El principio de estos amores no pudo ser más novelesco. Salía una noche *Adriana Lecouvreur* del teatro, cuando fué detenida por tres ó cuatro jóvenes calaveras que, ponderando su hermosura, cortábanla el paso impidiendo que llegara á su carroza. Llegó en aquel momento el de Sajonia y gritando á los mozos quién era la bella á quien hostigaban, trató de que la dejaran partir tranquila. No logró

mujer. Para aberiguar quien sea ella, acude á un Abate y éste, á su vez, al propio príncipe de Bouillon, quien acepta una apuesta comprometiéndose á decir muy pronto al Abate lo que éste desea saber.

El príncipe de Bouillon no dedica sus horas á la química exclusivamente y para distraerse tiene una amante, actriz como Adriana, de la comedia francesa y rival de ella. El segundo acto se desarrolla, por esta razón, en el *foyer* del primer teatro de Francia, y allí, por una serie de circunstancias largas de explicar, el de Bouillon queda perfectamente convencido de que su amante le es infiel y de que quien con ella le traiciona es precisamente el prin-



ACTO CUARTO.—*La Duquesa*, SRA. PARIS.—*El Abate*, SR. LLANO.—*La Princesa de Bouillon*, SRA. ROCA.—*Criado*, SR. JIMÉNEZ.—*Príncipe de Bouillon*, SR. VILLANOVA.—*Rigolet*, SR. GIL
Fot. Campúa



ACTO PRIMERO.—Príncipe, SR. VILLANOVA.—El Abate, SR. LLANO.—Princesa de Bouillon, SRA. ROCA.—La Duquesa, SRA. PARIS
(Fot. Campi'a)

cipe de Sajonia. El fundamento de esa creencia es de una carta que el príncipe sorprende y en la que la actriz da al príncipe una cita, para verle después de la función, en el hotel que para ella tiene alquilado el de Bouillon. Este se resigna pronto con su desgracia y de acuerdo con el Abate organiza una cena en el hotel para sorprender á los dos amantes y hacer públicas sus relaciones. A la cena son invitados todos los artistas del teatro y con ellos Adriana, la que solo accede á ir cuando le dicen que el príncipe de Sajonia asistirá á la fiesta. Adriana, en efecto, tiene deseos de conocer al jefe de su adorado y quiere aprovechar aquella que considera excelente ocasión.

El acto tercero se desarrolla en el hotel donde ha de verificarse la cena. Allí están el príncipe de Sajonia y la princesa de Bouillon, pues ésta, y no la actriz, fué quien citó al pretendiente, y allí ella se muestra celosa y él caballerosamente confiesa que dejó de amarla y ama á otra. La de Bouillon quiere saber el nombre de su rival; pero el príncipe, temeroso de la venganza que su antigua amante pueda tomar, lo oculta.

Llegan entonces los invitados á la cena y la princesa se oculta en una habitación que no tiene sali-

da. El resto del acto es todo él de gran fuerza dramática: primero Adriana sabe que su adorado no es un ayudante del príncipe, sino el príncipe mismo; después muéstrase celosa creyendo que le es infiel y, por último, salva generosamente á su rival haciéndola huir por el jardín, gracias á una llave que para entrar le dió el de Bouillon, y librándola así de las miradas indiscretas de los invitados. Antes de huir la princesa tiene, á obscuras, una escena con Adriana, y ambas procuran, sin conseguirlo, reconocerse.

El acto cuarto se desarrolla en casa de los príncipes de Bouillon, donde se celebra una fiesta. La princesa, deseando descubrir quién es su rival, hace que todas las amigas de quien sospecha repitan una frase que pronunció Adriana en la escena del acto anterior, segura de que por las inflexiones de la voz ha de reconocer á la mujer que habló con ella; pero, naturalmente, no logra su propósito hasta que la frase es repetida por la misma Adriana, que llega á amenizar la fiesta, recitando algunas escenas de su repertorio.

La princesa, para lograr que Adriana repita en su casa lo que dijo en la quinta, se vale de un medio ingenioso, finge que ha de



ADRIANA, Sra. Tubau, en el segundo acto
(Fot. de Compañy)